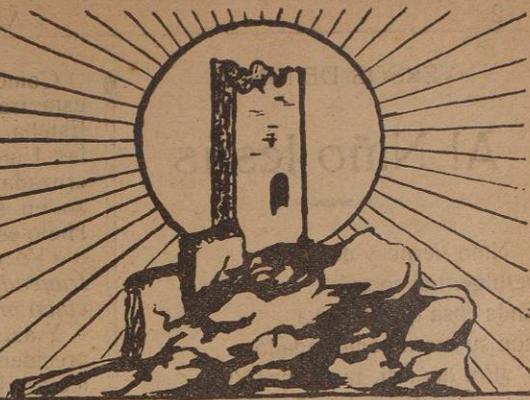


Amor y Esperanza

Periódico - Parroquial-Quincenal



Año II

Alhama de Murcia, Viernes 25 de Diciembre de 1925

Núm. 46

¡QUE FRÍO!

A través de los cristales de mi aposento, contemplo la calle enlodada y muda. Este mutismo se interrumpe, unos segundos, por el paso fugaz de un automóvil que hiere el tímpano con sus estridentes trompetazos; y volvemos otra vez, a la soledad, al lodo y a este cielo, tanto tiempo encapotado, que no nos deja ver el sol; a veces, alguien cruza la acera que da frente a mi ventana, pero este alguien se emboza hasta los ojos y no da la cara. Mi habitación es confortable y, sin embargo, me siento contagiado por el medio ambiente; mis miembros son presa de un temblor inexplicable e insensiblemente, como si verdaderamente lo sintiera, froto mis manos y comienzo a pasear a lo largo del aposento. ¡Qué frío!

Las cuartillas aguardan también, mudas, sobre mi mesa y se han contagiado como yo: están frías, muy frías, con esa estóica frialdad del papel blanco, que lo mismo recibe las más sublimes ideas, que sirve de trono y aureola a los más horrendos crímenes. Me fastidia esta frialdad del papel; el rasgueo de mi pluma, sobre su blanca superficie, me enerva. ¡Quién pudiera llenar de calorías este ambiente! porque todo está frío, muy frío... ¡Qué frío...!

Salgo de mi casa para caminar, sin rumbo, por las calles desiertas; ni me importa el azote del viento ni el lodo que cubre mi calzado y salpica mi ropa. Este frío ha calado mi alma y yo siento un frío inexplicable, porque mis miembros han reaccionado, y este frío no me abandona. ¿Quién dará calores a mi alma...? porque mi alma siente frío... mucho frío...!

La escasa luz, que ha alumbrado este día se extingue por momentos; comienzan a distinguirse, como brasas, las lámparas que han de rasgar las tinieblas de la no-

che; más bien que el tímpano, hiere mi corazón una lenta campanada e, instintivamente, dirijo mis pasos hacia allí, donde percute el bronce con asonancias de calor.

La Iglesia está desierta también y fría; pero yo recuerdo la frase del Divino Nazareno: «Fuego he venido a traer a la Tierra y ¿qué quiero sino que se abraze?» y yo sé que este fuego es el que mi alma necesita. Unos trémulos destellos me denuncian la presencia de la hoguera inextinguible. ¡Sí, allí habrá calor... calor...! ¡Cuántas almas lo buscarán aquí!

En la soledad de la capilla me postro ante el Sagrario; de las naves desiertas, llega hasta allí el aire húmedo que entumece mis miembros; la soledad del templo estruja mi corazón e insensiblemente dos lágrimas furtivas ruedan por mis mejillas; quiero iniciar algunas jaculatorias y sordo rumor de la calle distrae mi devoción. Consulto el reloj—«¡Ya!; salen ahora de la *Sección vermouth*!» se hace de nuevo el silencio; la lámpara crepita como si gimiera; el aire del templo se satura, cada vez más de la humedad de la noche y vuelve a sonar solemne y pausada la campana.

Al ponerme en pie, siento un estremecimiento extraño. Me ha parecido que Cristo me mostraba su rostro soberano, que sus bellas facciones palidecían y se contraían en un gesto de amargura, que sus ojos, sus divinos ojos, miraban a aquella multitud que, indiferente, cruzaba por la puerta del templo y, después, se posaban sobre mí suplicantes; que sus labios se entreabrían para

hablar y que mis oídos percibían, estas palabras brotadas de su boca: «¡Qué frío! ¡A través de los siglos se perpetúa la fría noche de Belén! ¡Qué frío...!

ALONSO DE QUIJANO
Gabriel E. Cebrian

Diciembre, 1925.



Todos los años pone el Belén una nota de poesía en todos los hogares.

Felices Pascuas y feliz entrada de año deseamos a todos nuestros lectores.

